

LA GUINDA

Ángel Paz Rincón

¿Patentes?

No, gracias

Cuando se firmaron los acuerdos (Rabat, 2004) que regulan internacionalmente los derechos de propiedad intelectual, se firmaron, de paso, las sentencias de muerte de cientos de ciudadanos de los países más pobres del planeta. Los Foros sociales, ONGs, Conferencias Internacionales... han denunciado, sin demasiado éxito, semejante despropósito.

Tres argumentos fundamentan su rechazo frontal.

El conocimiento es un bien público, una vela enciende otra vela sin perder la intensidad de su llama. La patentes, en contra de lo que se afirma, impiden la innovación y ralentizan el progreso. La investigación actual se basa en datos inmediatamente anteriores que fluyen a toda velocidad en las redes de información. Si los investigadores tuvieran que patentar cada uno de los datos descubiertos tendrían que pasar más tiempo en la sede de sus abogados que en el laboratorio. La defensa actual de la patentes y la creación de monopolios son antieconómicos en su conjunto.

El siguiente argumento se basa en presupuestos éticos. Los gobiernos democráticos, representantes de los intereses de los ciudadanos, no pueden firmar acuerdos que potencien los beneficios de unos pocos a costa de la vida de multitud de ciudadanos. Hechos como estos fuerzan la crisis de legitimidad que nuestros dirigentes se están ganando a pulso.

El tercer argumento es aún más despiadado: estos acuerdos no impiden el robo, y la consiguiente patentización comercial, de los saberes tradicionales. La medicina actual está descubriendo tratamientos a partir de elementos naturales que, en distintos puntos del planeta, se han venido practicando exitosamente. Primero se roba y luego se cobra por su adquisición. La biopiratería es, actualmente, un latrocinio consentido y... ¡legal!

Ni la economía, ni la ética justifican la protección de las patentes. El saber es un bien público. ¿Patentes? No, gracias.

EL MIRADOR

A propósito del dilema de los presos

Galo Agustín Robles Sánchez
Farmacéutico



Un juez tiene ante sí a dos hombres sospechosos de haber cometido juntos un robo a mano armada y les dice abiertamente que para procesarlos necesita una confesión. Sin separar la mirada de ellos, el juez les informa de que si niegan robo a mano armada los procesará un año por tenencia de armas; si ambos confiesan el robo a mano armada los procesará a la pena mínima de tres años, y si sólo confiesa uno, a éste le dará la libertad, mientras que al otro lo procesará por la pena máxima de veinte años. Y, sin más intermedio, los separa de inmediato en sendas celdas de prisión preventiva, dejando que cada uno comience a meditar a solas sobre su proceder.

Lo más razonable es que ambos nieguen el robo. Sin embargo, en sus respectivas soledades, a ambos poco a poco les pulsa el espontáneo deseo de ganar la libertad lo más pronto posible, y sienten que un año de cárcel es mucho.

Cuando el sentimiento se clarifica en el primero, comienza a desear confesar para salir inmediatamente.

—Sí, eso es lo que quiero: salir cuanto antes —piensa para sus adentros, mientras se dispone la acción.

Pero en un rápido monólogo interior le presenta una maliciosa anticipación:

—¿Y si cuando vaya a confesar me encuentro a mi compañero confesando? Eso sería peor que no confesar, porque nos caerían tres años.

Recapita unos momentos y de inmediato siente, y luego piensa:

—Tres años es muchísimo; muchísimo más que un año. Será mejor que no confiese. Lo más razonable será que me aguante con un año.

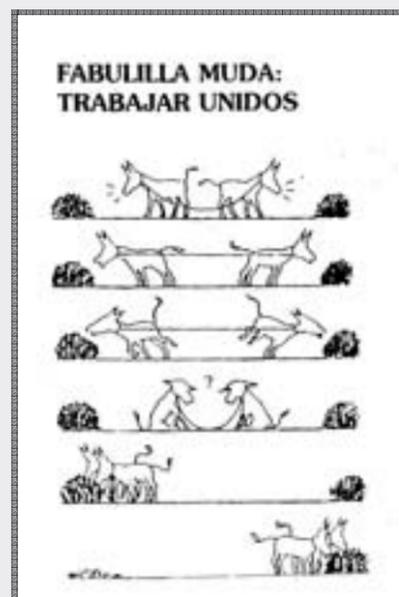
Pero su monólogo interior no termina ahí y la duda sobre los deseos de su compañero le trae una terrible secuencia de posibles:

—¿Y si tiene un deseo más egoísta que el mío? ¿Y si se desploma y no se siente con fuerzas de aguantar un año? ¿Estará ya en estos momentos confesando para salir inmediatamente, mientras que yo me trago veinte años por no confesar? ¡Veinte años...! ¡No podría soportarlo...! ¡De eso nada..., no me arriesgo! Lo mejor es que confiese porque me caerán tres años como peor posibilidad, si mi compañero habla, o mi libertad, si mi compañero permanece en silencio. Voy a llamar al juez para confesar; mi compañero no me deja otra opción.

Evalúa su conato de decisión y, segundos después, pierde la seguridad

de si no sería mejor apostar por las mejores ventajas de callar, esperando que el otro pueda sentir y pensar lo mismo.

—Estoy seguro —se dice— de que mi compañero para tomar su decisión se estará interrogando qué pasa por mi cabeza. Y para que él sepa lo que yo tengo en mi cabeza, previamente yo tengo que formarme una idea de lo que él tiene en la suya, lo cual es



En la vida corriente, la gente suele pensar que el resultado obtenido es el fruto del esfuerzo individual (y de la suerte en raras ocasiones), pero la historia de la evolución muestra que tanto los hombres como los animales estamos inmersos en un "juego" en el que, por más que nos empeñemos en lo contrario, el resultado está supeditado al comportamiento de los demás.

imposible mientras él no adivine lo que creo yo...

Este es el dilema y no tiene solución por este camino. La credibilidad que el primero puede depositar en el segundo depende de la credibilidad que el segundo deposite en el primero, que depende a su vez de la credibilidad que el primero parece estar dispuesto a depositar en el segundo, y así hasta el infinito.

Matemáticamente se puede representar en una matriz con cuatro resultados posibles.

La esencia del dilema estriba en *confianza* y *cooperación*, cuyos significados todo el mundo manosea, pero cuyos significados son difíciles de comprender (sólo se comprende cuando se utilizan en plenitud en muy diferentes situaciones reales).

En la vida corriente, la gente suele pensar que el resultado obtenido es el fruto del esfuerzo individual (y de la suerte en raras ocasiones), pero la historia de la evolución muestra que tanto los hombres como los animales estamos inmersos en un "juego" en el que, por más que nos empeñemos en lo contrario, el resultado está supeditado al comportamiento de los demás. El resultado en el matrimonio, el trabajo, la guerra, la paz, la biología y las empresas puede ser desde óptimo hasta catastrófico. La probabilidad de que el resultado sea catastrófico crece a medida que un jugador no ejerce los músculos de la confianza y cooperación —en la mayoría de las escuelas y hogares españoles no se sabe enseñar esto.

Con-fiar es un verbo de reciprocidad, que inicialmente yo debo activar generando "mi credibilidad" con una energía suficiente como para activar en el otro la generación de "su credibilidad" con una energía que yo evalúo como suficientemente justa. Primero va (*a-fiar*) y luego viene (*e-fiar*). Si sólo va o sólo viene, se satura el *a-fiar* o el *e-fiar*, pero no el *con-fiar*. La confianza con el otro depende en un 51% de mí. Si ese requisito inicial no se cumple, a eso se le puede llamar confianza (significante), pero no es confianza (significado). El malévolo, instalado en el reino de "yo gano-tu pierdes", secuestra el significado especulando con su significante, su envoltura vacía. Pide lo que no da, dice lo que no hace. Lo contrario de la confianza es la suspicacia. El malévolo es antiejemplar, yerra en sus cálculos y vive atormentado en el dilema de los presos, porque genera suspicacia.

Co-operar también es un verbo de reciprocidad, que conjugaron nuestras células ancestrales millones de años antes que *com-petir*. Hoy ambos verbos conviven, pero *co-operar* es previo, pues mi necesidad inalienable de mantener mi yo pasa por la necesidad de preservar a todos los demás yoes. *Co-operar* exige primero *operar* (obrar), que yo haga primero mis deberes. Una tuerta pedagogía occidental ha dejado casi atrofiados el deseo y los músculos de la cooperación, sobreestimulando la competición y el individualismo, cuya consecuencia es también la malevolencia, el abuso moral de los derechos, el comerse las uvas de dos en dos, territorios todos ellos en los que el dilema de los presos tampoco tiene solución.